

Cochinillos y cochinos

JOSE ANTONIO ABELLA

PASEANDO por los alrededores de Segovia, una de estas tardes soleadas de invierno, mientras uno contempla el maquillaje dorado de las torres a donde ya han regresado las cigüeñas, no puede dejar de pensar que su caminar sin prisas y sin rumbo tiene tanto de gozo como de dolor.

Si el paseante no viviera en esta ciudad, si en vez de ser un segoviano de paseo fuera un turista de paso, uno de esos visitantes cuya máxima aspiración es hacer el mayor número de fotos en el menor tiempo posible..., pues entonces, sí señor, todo estaría muy bien y *«Oh! It's a very nice city, yes: the Acueducto, and the Alcázar, and the Cathedral... All is pretty and very interesting...»*

Pero resulta que uno vive aquí y, a pesar de que hacerse el sueco sería lo más fácil, piensa que ni puede ni debe conformarse con ver la ciudad como cualquier turista desinformado y bienpensante puede hacerlo. ir de nuestro trabajo a nuestros asuntos con las orejas puestas, sin preocuparnos de lo que sucede a nuestro alrededor, es no llegar ni al primer tramo de esa escalera de Jacob —la que une la tierra (lo material) con el cie-

lo (lo ideal)— entre cuyos peldaños transcurre nuestra existencia.

Porque resulta que vivir es convivir. Y para convivir es requisito indispensable ser consciente de la relación de interdependencia que existe entre el «yo» y el «ello». Pero la práctica de este principio, tan sencillo, no deja de ser complicada muchas veces, y casi siempre molesta. Porque la consciencia conduce a la responsabilidad y ésta, a su vez, obliga a ser exigente tanto con el «yo» como con el «ello», para que el «todo» funcione. O dicho de otro modo, tales premisas deberían conducir al compromiso. Y el compromiso no es cómodo para nadie: ni para quien lo asume ni para aquellos que se ven aludidos por la actitud crítica que de él se deriva.

¿Qué tienen que ver todas estas reflexiones con mi paseo inicial?, se preguntarán ustedes. Y mi respuesta es que, para quien tiene los ojos abiertos y ama a su ciudad —a pesar de esa dosis de ceguera que todo amor lleva siempre consigo—, hasta la más sosegada y lúdica actividad se ve forzada a convertirse en denuncia: mi paseo me ha llevado desde el valle del Clamores hasta los altos de El Parral... Y, entre tanta belleza,

uno ha sentido que el sonrojo le subía a la cara. Ha sentido verdadera lástima al observar cómo la basura y el abandono se han convertido en un elemento propio de paisaje. Bochorro al comprobar que, aunque no fuese por el más famoso plato de nuestros mesoneros, otros muchos méritos tendría nuestra casa para ganarse el sobrenombre de la «patria del cochino».

Espero que nadie se haya ofendido con estas palabras y digo de antemano que esta apreciación me duele a mí tanto como al que más. Me duele haber paseado por el valle de los Clamores entre árboles desgajados y colectores que rezuman un agua tan negra como los pecados de Judas. Me duele que, entre los abundantes y consabidos escombros, bolsas de basura y botellas de cerveza hechas añicos, uno tenga que encontrarse —¡asómbrense todos y cúbrase de vergüenza quien la tenga!— hasta cochinillos muertos que algún industrial del sector se entretuvo en tirar ladera abajo, acaso pensando que con su ejemplo se podría ir pensando en poner la primera piedra de un crematorio porcino a los mismos pies del Alcázar. Me duele que, casi en el mismo sitio, un desvencijado

«seiscientos» haya conseguido echar raíces después de no se saber ya cuántos años de abandono, tal vez para indicar que con buen diseño y mejor camuflaje cualquier lugar es bueno para ubicar aparcamientos. Me duele que, ya en los altos de El Parral, en poco más de cien metros pueda uno contar hasta cuarenta y siete litronas sin romper (las rotas, como ustedes se imaginarán, son más difíciles de cuantificar).

Uno, sinceramente, no cree que exista la crítica destructiva. Una crítica es coherente o incoherente: en el primer caso es constructiva y, el segundo, una estupidez que sólo revierte contra quien la expone. Por eso, desde aquí, no podemos dejar de aplaudir las recientes iniciativas municipales tendentes a combatir lo que en la jerga burocrática se denomina «vertidos incontrolados» y que en el idioma de la calle, hasta ahora, podría llamarse «guarrería consentida». Y por eso, también desde aquí, seguiremos defendiendo que la conciencia de los ciudadanos no debe dormirse en la de sus representantes, que la ciudad es cosa de todos y que la mano que aplaude no tiene por qué estar reñida con la que señala y denuncia.